

**Simon
Sebag
Montefiore**

“

“LOS LÍDERES BOLCHEVIQUES”, DICE ESTE HISTORIADOR, “CREÍAN QUE LA NATURALEZA DE LA SOCIEDAD PODÍA Y DEBÍA TRANSFORMARSE Y QUE ELLOS ERAN LAS PERSONAS ESCOGIDAS PARA UNA TAREA TAN HERCÚLEA, QUE NATURALMENTE SOLO PODÍA LLEVARSE A CABO MEDIANTE ENORME VIOLENCIA”

“Lenin era indiferente al dolor; Stalin disfrutaba con él”

POR
**LUIS
TORRAS**

Simon Sebag Montefiore, inglés educado en Cambridge, discípulo de expertos en la historia de Rusia como Robert Conquest y Robert Service, es autor de una gran biografía de Stalin, pero la fama le llegó con *Jerusalén*, un superventas en el que explica con gran habilidad narrativa cómo se construyó la ciudad santa, y

con el reciente *Escrito en la historia*, una recopilación de cartas en la que se capturan momentos concretos y que quiere ser una invitación al profano para leer historia.

Pregunta. ¿De dónde surge la idea de hacer esta antología de cartas?

Respuesta. Fue algo espontáneo.

Las fuentes principales de mis libros son el material de archivo y la correspondencia y me seducía mucho la idea de compartir estos retales de historia en primera persona.

P. ¿Qué aporta una carta a un historiador?

R. Es un recurso de enorme valor, algo auténtico.





tico, íntimo, espontáneo y, a la vez, una pieza reflexiva, que recoge inquietudes, pensamientos y perspectivas del personaje en cuestión. Nos ofrece el punto de vista en su contexto.

P. Dentro de 100 ó 200 años, ¿podremos decir lo mismo de los posts de Twitter y Facebook?

R. Seguramente. Un tuit no deja de ser una carta abierta. Las redes sociales y los correos electrónicos son parte de la realidad de un momento y en el futuro serán fuentes útiles para escribir la historia. La diferencia es que son demasiado rápidos, demasiado fáciles, lo que reduce ese componente reflexivo al que me refería antes. La carta se crea en un ámbito de intimidad con el receptor, mientras que las comunicaciones electrónicas son mucho más impersonales y solitarias, no se dirigen a nadie en particular. Su efecto en la esfera política es también más inmediato y favorece una cultura de la inmediatez y el corto plazo.

P. ¿Está la política actual perdiendo sentido de la historia?

R. La revolución digital apenas deja margen para el aislamiento y la meditación. Hay una batalla constante por mantener la atención del votante. Esta no era la situación de los grandes líderes políticos de antaño. Incluso las figuras más preeminentes gozaban de espacio para el asueto, la relajación, el deporte. Nuestra cultura ha enaltecido la democracia, y es esencial que cada el votante puede castigar a los líderes incompetentes o corruptos, pero genera disfuncionalidades difíciles de corregir. Otro problema es la degradación de las humanidades en nuestro sistema educativo. La propia historia no se valora como antes, y eso da lugar a gobernantes menos capaces.

P. Los políticos de antes leían y escribían más, como Winston Churchill...

R. Seguramente es así, aunque todo lo referente a Churchill es excepcional. Dicho esto, tan peligroso es el político que no lee como el que solo lee un libro que puede aplicar a cualquier situación. George W. Bush, por ejemplo, estuvo muy afectado por la lectura de *1984*, cu-

ya distopía comparó con el Irak de Saddam Husein, lo que dio lugar a graves errores de juicio.

P. De entre tu extensa obra destacan sus dos volúmenes sobre Stalin, una figura todavía llena de incógnitas. ¿Quién fue verdaderamente?

R. Fue un marxista-leninista y un nacionalista ruso, a pesar de haber nacido georgiano. Puede decirse que inventó la identidad soviética. Tenía un gran sentido de la historia, era un gran lector y desarrolló una enorme pericia en el manejo de los mecanismos de poder, que aprovechó en su propio beneficio. Pero si tuviera que elegir un adjetivo que lo resumiera diría que fue un extremista. Creía que la naturaleza de la sociedad podía y debía transformarse y pensó que él era la persona escogida para una tarea tan hercúlea y que solo podía llevarse a cabo mediante enorme violencia.

P. Sorprende su brutal transparencia con respecto a los objetivos y los medios.

R. Así es. A Georgi Dimitrov, el líder búlgaro, le explicó con tapujos que él podía implementar los principios de la revolución como quisiera, pero que su método era el violento.

P. De Stalin se tiene la idea de que gobernó de forma omnívota y sin apenas resistencia, pero no siempre fue así.

R. Es un modelo de cómo conquistar y ejercer el poder. Algo que descubrimos los historiadores tras bucear en los archivos del Kremlin es que Stalin no surgió por generación espontánea. Se forjó poco a poco. Desde la muerte de Lenin al Gran Terror pasan 10 años. Durante esa década, sobre todo a principios de los 30, Stalin tuvo que imponerse dentro del grupo de poco más de 100 personas que configuraban la cúpula bolchevique. A una dimensión maquiavélica, de hombre de estado que se deshace sin el menor escrúpulo de sus adversarios políticos, con una dimensión social. Disfrutaba mucho con la compañía de la gente. En el tumultuoso periodo que va de 1931 a 1937 demostró ser muy brillante. Dirigió una purga que le aseguró, por un lado, el liderazgo y, por otro, la leal-

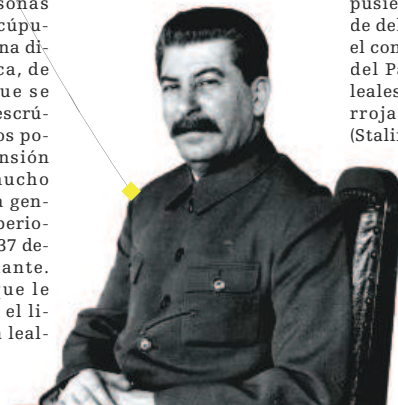
Stalin podía deshacerse sin el menor escrúpulo de sus adversarios, pero al mismo tiempo disfrutaba mucho con la compañía de la gente

“La Unión Soviética fue posible porque el terror se institucionalizó en todos los niveles, no fue la obra de un solo hombre”

“Tan peligroso es el político que no lee como el que lee un solo libro e intenta luego aplicarlo a cualquier situación. Es lo que le pasó a Bush

”

Simon Sebag Montefiore



tad absoluta de los supervivientes. A partir de ese instante, su autoridad se hace incontestable.

P. ¿Cuál fue la relación de Lenin y Stalin con la violencia?

R. Para uno y otro, la violencia fue un instrumento para imponer su visión política. En el terreno más psicológico, Lenin era indiferente al sufrimiento humano y Stalin disfrutaba con él.

P. A pesar de esta evidencia, en Occidente se ha tenido hasta hace relativamente poco una idea muy benigna del estalinismo. ¿A qué atribuye esta ceguera?

R. Las instituciones soviéticas fueron siempre muy herméticas y centralizadas y estaban concentradas en pocas manos: esas poco más de 100 personas que decían antes que formaban el núcleo duro del poder estalinista. Era una organización pequeña y secreta, más similar a un grupo terrorista que a un Gobierno, como pretendió desde un principio Lenin. Nunca supimos exactamente cuál era su funcionamiento interno. Hasta Churchill se pregunta en sus memorias si Stalin no es el prisionero de un politburó dominado por extremistas.

P. El momento más difícil de Stalin es la traición de Hitler. ¿Fue el Pacto de Múnich su gran error?

R. Uno de los más delicados, sin duda, pero no el peor. A Churchill le comentó que la consolidación de su poder interno lo llevó a una situación más comprometida que la traición de Hitler. Podría, por supuesto, estar mintiéndole para quitar importancia a cómo se había dejado engañar por el Führer, pero mi impresión es que la situación en 1932 era límite. El fracaso de la colectivización agrícola y las hambrunas pusieron el régimen al borde del colapso. En 1941, por el contrario, las estructuras del Partido eran sólidas y leales. La operación Barbarroja fue una grave crisis (Stalin incluso se retiró tres días de la capital) y revela un gran error de juicio, pero los nuevos cuadros cerraron filas sin fisuras. Fue también un momento de gran épica. Stalin siempre había anhelado ser

un generalísimo en tiempos de guerra. Había devorado las biografías de Napoleón y Julio César y se involucró en la dirección de los combates de manera muy intensa, prestando atención a cada detalle.

P. ¿Y qué tal lo hizo?

R. Su trayectoria fue la inversa de Hitler. Este leyó muy buen la situación al principio de la guerra. Concedor de la debilidad política y militar de Francia, en poco tiempo acumuló una serie de rápidas victorias que lo dotaron de un aura de genio y de una confianza que luego se revelaría letal. Stalin fue de menos a más: empezó sufriendo un fuerte revés al no anticipar la invasión nazi. El primer año de guerra fue de una enorme dureza para el Ejército Rojo. Otro líder no hubiera aguantado, pero él se repuso y terminó venciendo.

P. Una revelación sustancial de su obra es que el estalinismo no fue la obra de un solo hombre, sino que es más bien un sistema.

R. Si el poder es la capacidad de decidir sobre la vida de los demás, el sistema estalinista fue tremendamente poderoso, y eso no puede lograrlo la voluntad de un solo hombre. Hace falta la complicidad de muchos otros. La Unión Soviética fue posible porque el terror y la violencia se institucionalizaron en todos los niveles.

P. ¿Cuál es la actual relación de los rusos con su pasado? ¿Cómo lo ven?

R. Es una pregunta interesante. En los 90, cuando investigaba en los diferentes archivos, se publicaron libros muy críticos con la revolución soviética, que fueron mal recibidos en amplios sectores que consideran las democracias liberales unos regímenes corruptos, inoperantes y, sobre todo, hipócritas. Esta supuesta hipocresía de Occidente es uno de los argumentos que nutre la popularidad de Putin, cuyo mandato ha supuesto un fuerte retroceso respecto de la sincera apertura que siguió a la caída del Muro de Berlín. En aquella época no tenías ningún problema para acceder a los documentos que necesitaba para escribir mis libros sobre Stalin. Hoy sería inimaginable. ■